



EL RUISEÑOR

CUENTO DE ANDERSEN

Pues señor... En China, como todos sabéis, el Emperador es un chino, y su acompañamiento, chino también. Hace muchos años que ocurrió lo que voy á contar (y ésta es una razón más para contarlo, para que no se olvide): el Emperador tenía por palacio la más hermosa maravilla del mundo. Era todo él de porcelana tan sumamente delicada, que hacían falta grandes precauciones para tocarla. En el jardín se veían las flores más magníficas. De las más preciosas se habían colgado campanillitas de plata para atraer la atención de los paseantes.

Todo estaba ordenado minuciosamente en el jardín del Emperador, el cual jardín era tan grande, que ni el jardinero había tenido tiempo de recorrerlo todo. Extendíase hasta una selva llena de grandes árboles y lagos profundos. Descendía la selva hacia un mar del más precioso azul, y los grandes barcos podían bogar bajo sus ramas.

Vivía allí un ruiseñor que cantaba maravillosamente. Hasta el pobre pescador que tenía tantos desvelos, se detenía de noche á escuchar al pájaro cuando cantaba.

De todas las partes del mundo acudían extranjeros á ver

la ciudad imperial; el palacio y el jardín les admiraban, pero cuando oían al ruiseñor, exclamaban todos: «Esto es lo más hermoso de todo.»

Lo contaban luego en su tierra y los literatos escribían libros sobre el palacio y el jardín, pero lo que más elogiaban era el ruiseñor; los poetas dedicaban preciosos versos al cantor de la selva, junto al mar.

Estos libros, recorriendo el mundo, llegaron al Emperador, que al ver lo que decían preguntó:

—¿Y qué es eso? ¡El ruiseñor! ¡No lo conozco!

Llamó á su gran chambelán y le dijo:

—Debe de existir aquí un pájaro que se llama ruiseñor, y dicen que nada hay más bello en todos mis dominios. ¿Por qué nunca me han hablado de él?

—En mi vida he oído su nombre—dijo el gran chambelán;— jamás ha sido presentado en la Corte.

—Pues bien, que lo traigan á mi presencia esta tarde para que cante delante de mí. El mundo entero sabe que yo poseo esa maravilla y sólo yo lo ignoro.

—Yo buscaré—dijo el chambelán, y subió y bajó á todos los pisos y recorrió salas y corredores de Palacio, sin encontrar nadie que conociera al ruiseñor.



Por último, se halló á una criadita de la cocina.

—¡El ruiseñor!—dijo la muchacha,—ya lo creo que le co-
nozco. Cuando por las noches bajo á la ribera á llevar á mi
madre enferma los restos de la comida, oigo cantar al ruise-
ñor y se me saltan las lágrimas como si me besase mi madre.

Guiados por la muchacha fueron á la selva. Mugió una vaca.

—¡Ay!—dijo un paje.—Ya está ahí; qué voz tan fuerte
tiene para ser un pájaro.

—Ésa es una vaca que muge—dijo la cocinerita.

Las ranas croaban en una charca.

—Encantador—exclamó el gran limosnero;—¡qué bien
canta!

—Ésas son las ranas—dijo la criada;—escuchad: ahora sí
que es él, y les mostró un pajarito gris que estaba posado en
una rama.

—Ruiñeñor—dijo la muchacha.—S. M. desearía que canta-
ses en su presencia.

—Con mucho gusto—contestó el pajarillo, soltando un
trino primoroso.

—Tienes que venir á Palacio.

—Mejor suena aquí mi canto entre los árboles; ¡pero, en
fin, vamos allá!

El ruiseñor fué conducido á Palacio y colocado en una jaula
de oro, y cantó tan maravillosamente que al Emperador se le
saltaron las lágrimas de emoción.

(Se continuará.)



EL AGUILA

Esta ave de rapiña habita por lo general en las altas peñas
inaccesibles y se cría en todos los continentes; el águila
común habita en Austria-Hungría, y anida especialmente en



los Alpes de Estiria y el Tirol, Carintia, los Kárpátos, Es-
candinavia y gran parte de Rusia y en Asia, desde el Ural á
la China. El águila dorada, en Escandinavia, Polonia, Rusia
y Siberia; la imperial, en Austria, Rusia, países del Bajo
Danubio y España; la chillona comúnmente se encuen-
tra en Polonia, Rusia Occidental, Hungría, Turquía euro-
pea y Grecia; la clanga vive en Alemania, Suiza, Francia
é Italia; la de las estepas, en la parte oriental de Euro-

pa; laazor, en España, Italia, Francia, Grecia y Turquía.

La de mayor tamaño y más fuerza es la común, que tiene
de 0,85 á un metro de longitud, 2 metros á 2,30 de punta á
punta de ala, de 0,58 á 0,64 cada una de éstas, y la cola de
0,31 á 0,36. Las cifras mayores corresponden al macho, y las
menores á la hembra. Las águilas jóvenes viven errantes, sin
residencia fija; cuando crían se fijan ya en un punto, donde
construyen el nido, y las viejas casi nunca emigran.

Es interesante su manera de cazar. Generalmente salen
juntos el macho y la hembra, y vuelan á mucha altura, donde
se ciernen para observar con su vista proverbial los lugares
donde hay caza. Al descubrir una pieza, comienza á batir el
vuelo con cierta lentitud, y de repente pliega las alas, abre
sus garras y se deja caer como un rayo sobre su presa, cla-
vándole sus uñas en el cuerpo. Aunque procura impedir que
su víctima se defienda, ya sujetándole la cabeza, ya apre-
tándole las fauces, hay ocasiones en que el animal apresado y
arreatado por el águila la clava los dientes en el pecho ó
en el vientre, asiéndose á ella de tal modo que, aun cuando
el ave abre las garras para lanzarlo al espacio, baja colgada
de su cuerpo. Como el macho y la hembra cazan juntos, suele
ocurrir que la pieza que logra escapar de la rápida acometida
de uno de ellos, es cogida por el otro, que la corta la retirada.

En el tiempo del calor, después de comerse la presa, des-
cienden á una corriente para beber y bañarse, antes de conti-
nuar la caza. El águila vive muchos años.

En Siberia y en el Turquestán, cogen las águilas cuando
son pequeñas y las amaestran para la caza. Estas aves adies-
tradas se venden á muy altos precios. También se pagan muy
bien las águilas muertas, para aprovechar las plumas y las
uñas. En China, la cabeza y las garras se tienen como reme-
dios de gran virtud. Los pieles rojas usan las plumas de la cola
como distintivos honrosos, pues sólo pueden llevarlos como
prueba de una acción meritoria. En algunas tribus indias sirve
para demostrar el número de enemigos que han matado, pues
por cada uno de éstos se lleva una pluma.



El labrador y los señoritos.

FÁBULA

Educados en la corte
los niños Arturo y Laura,
alternando con la gente
de más tono é importancia,
fueron tomando un aspecto
de vanidad extremada,
que parece tan ridículo
á las personas sensatas.
Quince años contaba Arturo,
catorce Laura contaba,
y era él *todo un caballero*
y ella *toda una gran dama*;
y decían *buenas lenguas*,
cuando de ellos se ocupaban,
que eran dos *tipos* en toda
la extensión de la palabra.
Ella ocupábase sólo
de sus trajes, y las galas
y los *potingues* de moda
para embadurnar la cara.
El, en rizarse el cabello,
hablar de perros y jacas,
fumar en pipa, y decir
sandeces á las muchachas.
Pues señor, los señoritos
(como todos los llamaban),
por aquello de que *nadie*
tiene la salud comprada,
una noche en el Retiro
cogieron unas tercianas,
y el médico les mandó
salir de la corte amada.
Y hete á *La Correspondencia*
esta nueva de importancia:
«Los distinguidos hermanos
Arturo y Laura Farándula
salen para las Batuecas
mañana por la mañana.»

las cosas que les enseñan
son atrozmente ordinarias,
paja y cebada y centeno,
y hasta puercos, ¡qué desgracia!
Una tarde los invitan
á que vean una granja,
¡y hallan un montón de estiércol!
Cosas así ¡quién aguanta!
Allí fué el hacer mil gestos,
exhalar quejas amargas
y oler extracto de *Chipre*,
¡que hoy las ciudades se extractan!
Al honrado labrador,
que con la vida y el alma
les iba enseñando todo,
tales muecas le cargaban.
Y por fin llegó un momento
en que tomó la palabra,
y de esta manera habló
con voz demasiado clara:

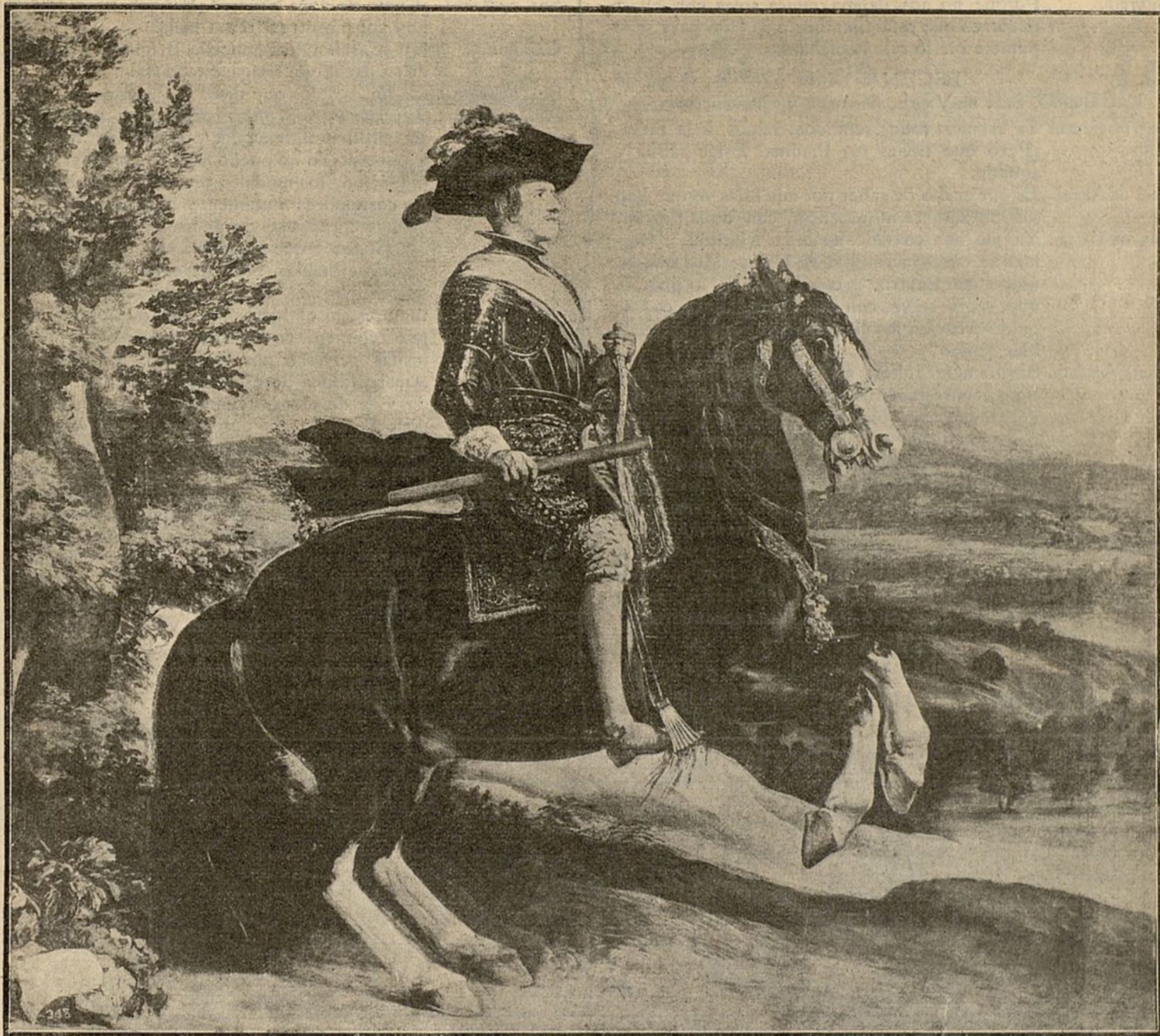
—¡Míad los señoritos! ¡Cuerno!
¿De qué *demonches* se espantan?
Si ustedes tienen monedas,
aquí sus padres las ganan,
y las tierras que poseen
se han hecho buenas de malas,
á fuerza de esta *basura*
que es un tesoro, ¡caramba!
Desde que se echa en las tierras
es mucho lo que adelantan,
y se aumentan sus tesoros
más de lo que se esperaban
Con que menos aspavientos
menos asco y menos planta.
Esta les da de comer,
denla vucencias las gracias.

¡Cuántas cosas se desprecian
por gente cuya ignorancia
no adivina que las debe
el fausto y oro que gasta!

C. L. DE C.



¡Qué horror! Sus arrendatarios,
que en obsequiarlos se afanan,
son unos hombres *muy cursis*,
con unas manos que espantan;



RETRATO DEL REY FELIPE IV. En el año 1623, cuando el gran Velázquez contaba veinticuatro de edad, pintó en Madrid este retrato ecuestre por **DIEGO VELÁZQUEZ** del rey D. Felipe IV, que produjo el asombro de la Corte.

Viste el regio jinete cota de bruñido acero, con adornos de oro; lleva amplio sombrero con plumas acarminadas, banda de color de rosa y guantes y calzas de fino ante. En su diestra tiene el bastón de general, y con la izquierda la brida con que rige al brioso caballo castaño, de largas crines negras como la poblada cola.

Tal efecto produjo este retrato, que el Rey nombró á Velázquez su pintor de Cámara y ordenó que se recogiesen los anteriores retratos que otros pintores le habían hecho, y que en adelante no le retratara más que aquel artista.

Para que todo el mundo pudiera admirar la obra, se colocó este cuadro en las gradas de San Felipe el Real, y los poetas le dedicaron grandes elogios en sus versos.

EL TEATRO DE LOS NIÑOS

LA MAÑA Y LA FUERZA

COMEDIA EN DOS ACTOS

ESCRITA POR LA CONDESA DE SEGUR

(Conclusión.)

SRA. DE ARTAL. ¡Chist! ¡No quiero saber nada! ¿No os da vergüenza el estar disputando cuando apenas hace una hora que he llegado? ¿Habéis olvidado que no me gusta que os acuséis una á otra?

LUISA. Pues la tía nos mandaba lo contrario; que nos acusáramos.

BEATRIZ. Y cuando callábamos nos castigaba porque decía que la ocultábamos lo que pasaba.

LUISA. ¿Y por qué mentías tú cuando decías de mí cosas que no había hecho?

BEATRIZ. ¿Y cuando tú dijiste que yo había tirado al pozo mi libro de fábulas?

SRA. DE ARTAL. ¡Basta, niñas! ¡Si vierais el disgusto que me dáis al portaros de ese modo!

BEATRIZ. (Abrazándola.) Perdón, mamá, no lo volveré á hacer; pero ¿por qué nos has dejado tanto tiempo con esa señora tan mala?

LUISA. ¡Ay, no, mamá!; no nos dejes más con ella. Tiene la culpa de que nos hayamos vuelto malas.

SRA. DE ARTAL. No, hijas mías, no os quedaréis más. ¿Pero por qué no me habéis avisado de lo que pasaba? Siempre me escribíais lo contrario: que era muy buena y la queríais mucho.

BEATRIZ. Es que nos hacía escribir las cartas en su presencia, y ella misma las cerraba y las echaba al correo.



Gente Menuda

SRA. DE ARTAL. ¿Y por qué no les decíais á vuestras primitas que escribieran?

BEATRIZ. Porque no nos dejaba nunca solas con ellas; teníamos que estar siempre á su lado para que pudiera oír lo que hablábamos.

ESCENA IX

DICHAS, SRA. DE VALLE, MATILDE Y CLEMENCIA

SRA. DE VALLE. Ya estamos todos reunidos: vamos á la mesa ¿Pero qué tienes tú, Paulina? Estás pálida y agitada.

SRA. DE ARTAL. Es que acabo de saber por mis hijas lo que han sufrido durante mi ausencia, con doña Severa.

SRA. DE VALLE. Ya me han contado también Matilde y Clemencia cosas increíbles de la severidad que ha usado con Beatriz y con Luisa. Y lo peor es que, según se ve, con esa severidad ha conseguido crear en las niñas defectos que nunca habían tenido.

DOÑA AMALIA. Seguramente; ahora mentían por evitar los castigos, contestaban si se las reprendía, se enfadaban por cualquier cosa, siempre se estaban peleando á cada momento; pero como acabo de decir á esta señora, su presencia y su ternura maternal volverá á poner todo en el orden que antes se encontraba, y Beatriz y Luisa serán tan buenas como Matilde y Clemencia.

BEATRIZ. Sí, sí, doña Amalia; nosotras estamos mucho mejor cuando somos buenas; y ahora que mamá está aquí con nosotras, ya verá cómo no tiene ningún motivo nunca para reprendernos.

ESCENA X

DICHAS Y CÁNDIDO

CÁNDIDO. (Anunciándose.) ¿Dan las señoras su permiso? (Entrega una carta á la Sra. de Valle.)

SRA. DE VALLE. ¿De quién es esta carta, Cándido?

CÁNDIDO. De doña Severa.

SRA. DE ARTAL. ¿Cómo de doña Severa? ¿Es que no almuerza hoy con nosotros? ¿Está mala?

CÁNDIDO. No sé, señora; su doncella Brígida me ha dicho de su parte que traiga esta carta.

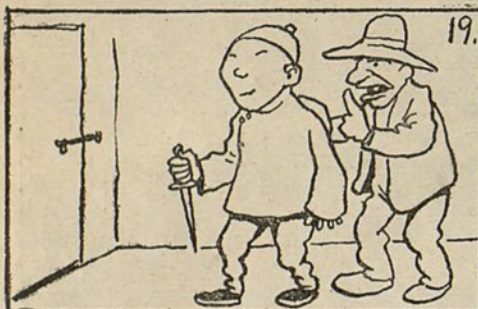
SRA. DE ARTAL. En fin, veamos qué dice.

SRA. DE VALLE. (Leyendo en voz alta.) «Señora y prima mía: Permítidme huir de una posición tan incómoda y penosa. Yo no puedo ver, sin temblar de indignación, los modales ordinarios modernos y las costumbres puramente lugareñas de las señoritas encargadas desde hace poco á mi cuidado. Conozco que no podría callarme, y me está vedado el hablar. No queriendo, mi respetable señora y prima, acatar vuestras modernas costumbres, ni obligaros á seguir mi noble y antiguo régimen, costumbres muy justamente llamadas perfectas por la amable señorita doña Amalia (digna de estar iniciada en la distinguida vida de otros tiempos), pongo en vuestro conocimiento mi determinación irrevocable. Dentro de dos horas habré dejado vuestra casa para no volver jamás á ella. La Sra. de Artal me ha hecho ver muy claramente que mi voz no será escuchada. Adiós, señora; dignaos aceptar el homenaje respetuoso de vuestra muy humilde y muy obediente servidora, SEVERA.»

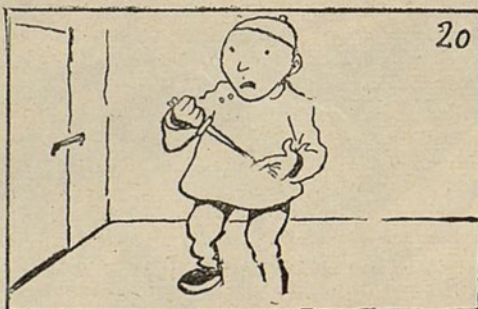
SRA. DE VALLE. Es singular, pero no me importa. Cándido, vaya usted á decir que nos pongan el almuerzo. La pobre debiera haberse esperado, y no irse antes de que nos sirvieran el almuerzo. No quiere comprender que la maña valdrá siempre más que la fuerza.

CAE EL TELÓN

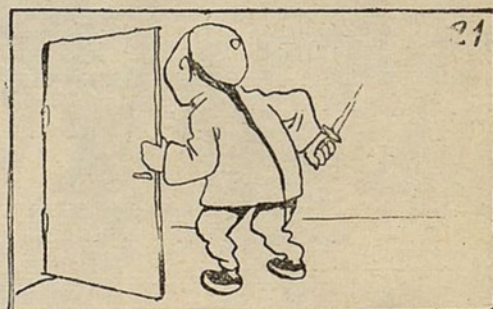
AVENTURAS DE FU-SANG (Continuación.)



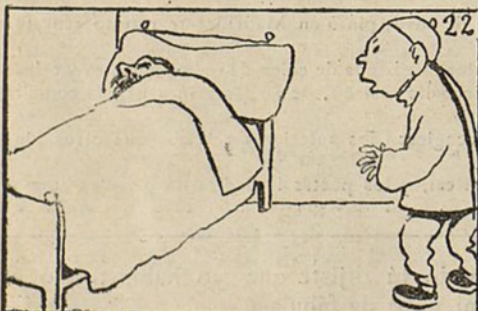
19. Le entregó el arma y le ordenó que matara á un hombre que dormía en el cuarto inmediato.



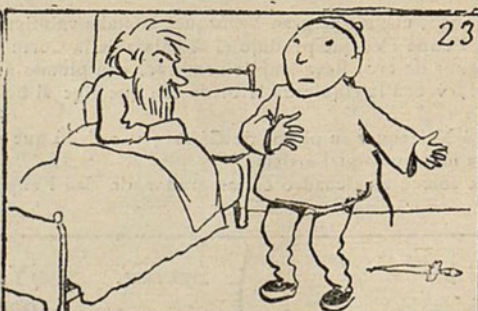
20. Después dejó solo á Fu-Sang, que quedó sumido en un mar de confusión.



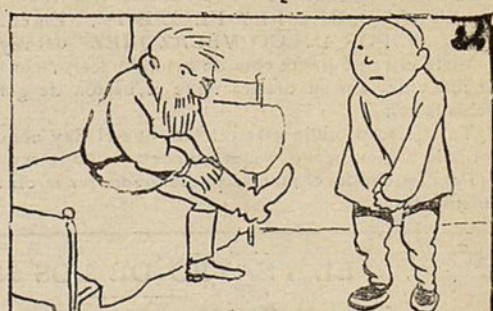
21. Penetró en el cuarto más muerto que vivo, luchando con la idea de aquel crimen cobarde.



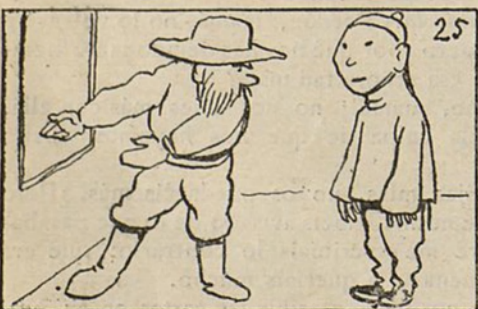
22. No; él no había nacido para asesino, ¡qué canario...!



23. Y fué y despertó al hombre y se lo contó todo.



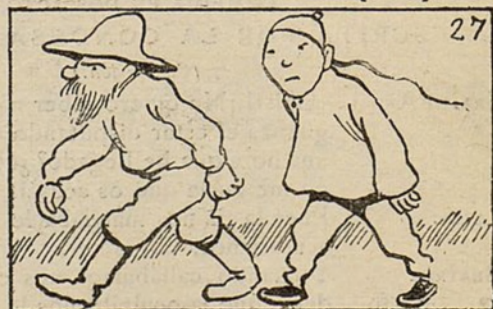
24. El pobre hombre, que era un obrero de las minas de diamantes, se vistió más que de prisa.



25. E invitó á Fu-Sang á salvarse con él saltando por la ventana.



26. Así lo hicieron, y cuando se encontraron en la calle los dos, respiraron á sus anchas.



27. El minero, agradecido al muchacho, decidió recompensar su noble proceder. (Continuará.)